

La habitación del fondo

Llevaba tres meses viviendo sola en aquella casa y nunca había usado la habitación del fondo. Decidí ponerla en alquiler, ya que la renta había aumentado y el dinero no era suficiente. Marcos insistía en que volviera a vivir con él, pero aún no me sentía lista. Mirando hacia atrás, preferiría haberme ido hasta a una alcantarilla, o haber dejado morir al gato de hambre.

Antes de mudarme allí, las cosas en casa iban de mal en peor. Desde que tengo uso de memoria, mi madre siempre ha tenido una preferencia particular por Harry, mi hermano menor. En navidad obtenía los mejores regalos, su habitación era la más grande porque era “el hombre de la casa” y, para ella, él siempre tenía la condenada razón. A mis ocho años mi padre murió, así que Harry se tuvo que ir a vivir con mis abuelos. Sus gritos se volvieron más violentos y sus golpes más y más frecuentes. Pasé el resto de mi niñez y adolescencia deseando una vida diferente, como la de mis compañeras de clase, pero la relación con mi madre se volvía cada día más oscura. Nada que yo hiciera era suficiente, nunca logré que me dijera un mísero “te quiero”. A mis veinte años lo que era desprecio, se convirtió en un odio enfermizo. Cada vez que llegaba a la casa escuchaba insultos y quejas. No podía salir sin ser catalogada con todos los apelativos denigrantes existentes. La situación se volvió intolerable. Siempre me decía que malgastaba su dinero pagándome la universidad y que, si no me buscaba un trabajo pronto, dejaría de hacerlo.

Conocí a Marcos una tarde saliendo de clases. Tenía un cuerpo robusto, pero su voz era sorprendentemente aguda. Me invitó a tomarnos un café y no pude negarme, era la única persona que había sido amable conmigo en años. Inmediatamente comenzamos a hablar, no nos detuvimos hasta que nos avisaron que el restaurante iba a cerrar. Marcos tenía la habilidad de hacerme sentir completamente cómoda en su compañía. Ese día le conté todo lo que pasaba en mi casa. Al principio no se podía creer todas las historias con mi madre, no comprendía cómo aguantaba esa “tortura”. No lo había visto de esa manera, pero era eso lo que mi madre me hizo creer que merecía durante veinticuatro años. Él me apoyó hasta mi graduación y me ayudó a conseguir un empleo como profesora. Ese mismo día empaqué mis cosas, que solo llenaban una maleta, y en la noche me escapé. Marcos dejó que me quedara en una habitación de su apartamento durante dos años. Nuestra amistad se hacía cada día más estrecha y mi vida, finalmente, parecía estar tomando color.

Estaba pegando el letrero cuando escuché pisadas aproximándose. A unos metros estaba una señora observándome. Llevaba una falda larga y sus dientes eran de un color amarillento. Le sonreí desde mi posición.

—¿Está interesada? —pregunté.

Se acercó arrastrando los pies.

—Sí.

No dijo nada más.

—Solo son mil pesos al mes, ¿qué le parece?

Su rostro permaneció indescifrable. Segundos después hizo una mueca semejante a una sonrisa.

A las doce del mediodía la habitación ya estaba ocupada. La pequeña interacción de antes no me había revelado nada de la nueva inquilina, pero parecía una señora seria. Un escalofrío me recorrió el cuerpo pensando en las películas de crímenes que solía ver con Marcos, pero descarté los pensamientos de inmediato. No podía dejar que mi imaginación jugara conmigo, necesitaba el dinero.

Era lunes, lo que significaba que debía ir al trabajo. Consistía en dar clases de religión a niños que, si no fuera porque estaban bautizados, habría dicho que estaban malditos. Saqué una manzana del refrigerador y me puse la chaqueta amarilla que debía usar. Salí de la casa dejando a mi compañera sola por primera vez.

En el trabajo todo fue predecible: niños gritando como anormales y un deseo intenso de largarme. Cada vez que miraba el reloj, se encontraba casi en la misma posición que la vez anterior. A un niño se le ocurrió la fantástica idea de llevar un silbato. Cada vez que me volteaba, el chillido me perforaba los tímpanos. Pasaron cuatro tediosas horas hasta que escuché el timbre, que fue el sonido más melodioso que había oído en todo el día. Me despedí con un gesto de Marcos, que me guiñó el ojo desde su oficina. Su sonrisa nunca fallaba en acelerarme el corazón. Hacía un tiempo que le había pedido que no me llevara a casa, me gustaba caminar para pensar.

Me estremecí al salir. Las hojas de los árboles chocaban entre sí provocando un sonido inquietante. El cielo estaba gris y una neblina espesa me dificultaba la visión. Aun así, me fui, siendo la horrible chaqueta mi único abrigo. Harry y yo solíamos subir a la azotea cuando mi madre salía en días como este. Nos acostábamos en el suelo helado y mirábamos las nubes aglomerarse en una única masa gris. Yo le contaba mis angustias. Él me hacía reír. Cada vez que ella se iba, rezaba porque empezara a llover y no pudiera regresar en mucho tiempo. Tal vez más del que admitiría.

Tenía los labios hinchados cuando llegué a la casa. La llave no estaba en mi bolsillo. En el instante en que toqué la puerta esta se abrió. Di un brinco y me llevé la mano al corazón por instinto.

—¡Oh, Dios! —dije tomando una bocanada de aire.

—Perdón —dijo con una sonrisa leve.

El estómago se me revolvió.

Me abrí paso por la puerta y fui directo a mi habitación. Le puse el pestillo cuando escuché un portazo afuera. La señora tenía la mirada desorbitada, miraba más allá de mis ojos. Me sentía cada vez más intranquila. Oía como arrastraba los muebles y se chocaba contra las paredes. Entonces escuché al gato. Se me paró el corazón. Su pelaje negro se volvió un mar de mechones punzantes antes de esconderse bajo mi cama. No había maullado de esa forma, entrecortada y suplicante, por un largo tiempo. Solo lo hacía cuando mi madre lo llamaba con ese tono que ambos detestábamos, cuando sabíamos lo que venía.

Un chasquido proveniente de la puerta me hizo voltear la cabeza de inmediato. No podía despegar los ojos del movimiento de la manecilla. Al inicio era casi imperceptible. Como si fuera producto de mi mente. Pero a medida que avanzaban los segundos se volvía más violento. Sentía que me ahogaba. No podía moverme. Casi escuchaba la sangre corriendo por mis venas, como un ácido caliente.

Entonces se detuvo. Había fruncido tanto el entrecejo que podía jurar que veía las marcas en el espejo. Busqué mi celular con la mirada. No estaba. Sabía perfectamente que lo tenía en el trabajo. Marcos me había enviado una foto de su loro intentando salirse de su jaula. La vi al llegar esta mañana.

Escuchaba crujidos y gruñidos, no era el gato. Sentía que me estaba volviendo loca. Mi paranoia crecía al mismo tiempo que la oscuridad de la noche. El nudo en mi garganta se volvía más incómodo, solo podía pensar en Marcos. Lo único que escuchaba eran las páginas de la Biblia en la mesa de noche rozando entre sí. Me deslicé con sigilo de la cama y me acerqué a la ventana. El tiempo pesaba, pero no se detenía, como si mi agonía lo arrastrara lentamente.

El sol ya era solo un pedazo de luz en el horizonte cuando la vi. No me había fijado en lo exageradamente alta que era. Su piel se camuflajearía a la perfección con un papel. Tenía una sonrisa trastornada de oreja a oreja y danzaba con su cuerpo flácido y huesudo mientras se acercaba hacia mí. Me abalancé hacia el armario y me encogí en una esquina. Escuché como se devolvió con pasos agresivos. Me arrepentí en el mismo instante en que aspiré el olor a polvo característico. Aquellos días cuando no terminaba los quehaceres a tiempo o los trastes no quedaban como ella los quería, mi madre me llamaba con una voz dulce y pausada. Me sentaba en su regazo y me amarraba las manos y los pies, tantas vueltas como la sogá le permitiera. Luego me cargaba y con cuidado, me llevaba hasta el armario del jardín y me dejaba allí toda la noche. Nunca me atreví a llorar.

Entró por la puerta causando un estrépito. Me temblaba todo el cuerpo. La claustrofobia se volvía cada vez más insoportable, estaba perdiendo el control. Sus pasos se volvieron más cautelosos, como si temiera perderme de vista. Tenía una mirada sedienta, jadeaba con desesperación.

—¿Dónde estás?

Nunca había escuchado una voz tan monstruosa y aguda a la vez. Se acercó a la cama con lentitud. El gato se escabulló por la ventana con un alarido espeluznante. No pude aguantarlo más. Corrí hacia afuera sin pensarlo dos veces. Habría logrado escapar de no ser porque el suelo estaba lleno de un líquido viscoso. La caída provocó un estruendo, el corazón me golpeaba el pecho con fuerza. Sentí una presión en la pierna derecha, estaba sangrando. El olor familiar me inundó las fosas nasales, gasolina. Intenté apoyarme de las paredes del pasillo, pero también estaban manchadas. No podía ver nada.

Comenzó a reír de una forma escalofriante. Encendió un fósforo, lo que me permitió ver en la oscuridad cómo sus ojos se volvieron negros, diabólicos. Se deslizó hacia mí en una fracción de tiempo inhumana y dejó caer el fuego a mi lado. En ningún momento se deshizo de esa sonrisa perturbadora. Cuando todo comenzó a incendiarse ella empezó a moverse de forma errática y pavorosa. Trepó la pared mientras se retorció. Una voz maligna susurraba cosas sobre la habitación, cosas siniestras, grotescas.

—Es mía, es mía... —repetía con tono cada vez más grave.

Entonces las llamas me alcanzaron. Podía sentir el ardor escalando por mis piernas. El dolor era inaguantable. Mis gritos se ahogaron en el estruendo del fuego y las voces. Todo empezó a dar vueltas. Cerré los ojos con tanta fuerza que las lágrimas no podían salir. Cuando ya no podía más, todo se volvió negro.

Abrí los ojos de golpe tomando grandes bocanadas de aire. Estaba acostada boca arriba en el pasillo, frente a la habitación. Todos los recuerdos de la noche anterior se agolparon en mi cabeza haciendo que saltara del suelo. La pierna me dolía, pero la herida no estaba. Pestañee varias veces para asegurarme de que lo que estaba viendo no era mi imaginación. No había rastro de lo sucedido la noche anterior.

Abandoné la casa lagrimeando por el resplandor. Empecé a correr. No había un alma en la calle, todo estaba extrañamente tranquilo. Me sentía aturdida, nada parecía real. Esto no me detuvo, el solo hecho de pensar en ella me erizó la piel. El cabello se me pegaba a la cara, impidiéndome ver con claridad. Sentía que alguien me miraba, pero al voltear solo veía como la casa se tornaba cada vez más pequeña. Una brisa helada hizo que me estremeciera antes de entrar a una tienda local.

—Oye, ¿estás bien?

La voz preocupada de una señora mayor me sacó del trance.

—Creo que sí...

Cuando elevé la mirada, el corazón se me encogió. Era mi madre.